JUICIOS DE DIOS

O

EL DESENGAÑO DE UN PADRE.

COMEDIA EN UN ACTO

DEDICADA

Á LOS ALUMNOS SORDO-MUDOS

POR

MARIANO DOMINGO DE LA PEÑA.

MADRID;
Imprenta del Colegio Nacional de Sordo-mudos y de Ciegos,
calle de San Mateo, núm. 5.

1890.

10

Á LOS ALUMNOS DE AMBOS SEXOS

DEL

COLEGIO NACIONAL DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS.

Hijos míos: cuarenta y ocho años de servicios en el benéfico Colegio donde recibís la enseñanza; cuarenta y ocho años al lado de vosotros, me han identificado de tal modo con vuestras desgracias, necesidades, decepciones de familia, ventajas de vuestros estudios, utilidades de ellos para vosotros en primer término y para vuestros padres, parientes y tutores después, que los premios que el Colegio ha alcanzado en certámenes y exposiciones y los premios que los alumnos han obtenido, me han halagado como míos; y es que á la recompensa de vuestros adelantos, mi corazón latía lleno de gozo por vosotros, vosotros á quien he considerado siempre como á hijos, y á quien en la modesta esfera de mi cargo, dentro del Colegio, os he tratado como á tales.

Al escribir esta pequeña obrita, recibidla como la expresión más sincera del cariño paternal que os profesa, vuestro

MARIANO.

JUICIOS DE DIOS

ó

EL DESENGAÑO DE UN PADRE.

ACTO ÚNICO.

DECORACIÓN.—Sala medianamente amueblada; puerta al foro y dos laterales cubiertas con portiers; al fondo un humilde altar.

ESCENA PRIMERA.

JUAN Y JOSEFA.

JUAN. Estoy horriblemente disgustado con tener un hijo sordo-mudo.

JOSEFA. Juan, qué le vas á hacer, si Dios en sus altos designios lo ha dispuesto así; someteronos á su sabia voluntad.

JUAN. Es cierto; pero pensar que es desgraciado, que lo seremos nosotros por no entenderle ni entendernos, eso me irrita. (Con expresión colérica.)

JOSEFA. Cómo ha de ser; yo por mí le quiero tanto ó más que á su hermano, atendiendo á esa misma desgracia que lamentas, si es posible que en el corazón de una madre haya predilección por uno ú otro hijo.

JUAN. Yo no; á quien quiero más es á Antonio, pues además de conservar íntegros sus sentidos, es tan listo, tan inteligente, tan audaz en sus proyectos para el porvenir, que veo en él, esposa de mi alma, aunque esto te parezca egoismo, el apoyo de nuestros últimos días.

JOSEFA. Es verdad; pero José puede aprender también en el benéfico Colegio de Sordomudos, y ser útil á la sociedad y á nosotros.

JUAN. No te canses, Josefa; Pepe no será nada, y Antonio en cambio, honrará su nombre y nos honrará á nosotros.

JOSEFA. Ten confianza en Dios, que no desampara nunca á sus criaturas, y tal vez José será útil para todo.

JUAN. No, no, no te canses; ese será siempre sordomudo. (Con desprecio.)

ESCENA II.

DICHOS, ANTONIO Y JOSÉ.

(José abraza á su madre, en tanto que Antonio tira el sombrero en una silla, mientras se sienta en otra, sombrío y meditabundo.)

JUAN. Aquí los tienes ya, pregúntale al uno y te responderá en seguida; y al otro..... Ah, el otro es un desgraciado, es un autómata. (Con desesperación manifiesta.)

JOSEFA. ¡Pero no ves á Pepe, que con la vista quiere penetrar nuestros pensamientos!

JUAN. Dirás lo que quieras, pero no me convences.

(Sale Juan por la puerta del foro y le sigue José, haciéndole caricias.)

ESCENA III.

JOSEFA Y ANTONIO.

ANTONIO. Madre, tengo que hablarla de un asunto, de un asunto muy grave.

JOSEFA. Hijo, me asustas, ya te escucho.

ANTONIO. Madre, yo no estudio, yo no voy á clase, mi vida es una serie interminable de vicios..... y de crímenes.

JOSEFA. (Da un grito, se lleva las manos á la cabeza, Juan aparece por una de las puertas laterales, se tapa con el portiers y escucha durante toda la escena.) Ah, hijo, habla, habla, por Dios.

ANTONIO. He dicho de crímenes y de vicios, porque el juego y la bebida absorben mi tiempo, y cuando para sostener estos vicios no tengo dinero, robo. (Con natural energía.)

JOSEFA. (Dá un grito.) ¡Ah!

JUAN. (Como escucha detrás del portiers, levanta la cabeza al Cielo y exclama.) ¡Dios mio, qué descubro!

JOSEFA. ¿Y los consejos de tu padre, hijo mío, y el ejemplo que en nosotros has visto siempre y las máximas, las máximas que yo, pobre mujer, he tratado de inculcar en tu corazón...?

ANTONIO. No me lo recuerde V., en mi alma no cabe más que la maldad; recordarme á mí esos principios morales que V. me enseñó, es como hablarle á un ciego de la luz que ha visto; se le irrita y se le desespera más.

JOSEFA. ¡Y tu padre, tu padre, hijo mío, que tenía fundada en tí su esperanza!

ESCENA IV.

DICHOS Y JUAN, QUE APARECE POR LA PUERTA DONDE ESTABA OCULTO.

JUAN. Su padre le aborrece.

ANTONIO. ¡Ah, padre!

JUAN. No pronuncies más ese nombre, desgraciado; desde hoy no me reconozcas como tal; olvídame para siempre.

JOSEFA. ¡Juan, Juan, por Dios, que es nuestro hijo! (Se arrodilla entre su esposo implorando.)

ANTONIO. Pues bien; ya que V. no quiere reconocerme como hijo, deme dinero ó pague mis deudas.

JUAN. ¿Te burlas?

ANTONIO. ¿Me lo da usted, sí ó no?

JUAN. ¡Miserable! (Hace ademán de pegarle, y Antonio se vuelve á su padre en actitud amenazadora, coge el sombrero y sale despacio.)

ESCENA V.

JUAN, JOSEFA Y JOSÉ QUE LLEGA.

JUAN. Dios mío, ¿es un sueño, ó es la realidad lo que he visto y oído? ¡Qué horror! (Se queda sentado y meditabundo.)

(José abraza á su madre y la expresa por medio de signos la tristeza de su padre y la da una carta.)

JOSEFA. (La lee y se la entrega á Juan.) Aquí tienes á nuestro hijo, que ha concluído la estancia en el Colegio de Sordo-mudos, de donde trae esta carta para tí, en la que se te manifiesta que tiene en aquel benéfico Establecimiento una plaza de cajista con un buen jornal diario.

JUAN. ¿Es posible? (Enseña la carta á José.—Este hace signos afirmativos con la cabeza y explica el contenido de la carta á su padre por medio de la palabra).

JOSEFA. ¡Oh, Dios mío! ¿No te decía yo, Juan, que confiáramos en el Supremo Hacedor?

JUAN. Y en cambio Antonio, en quien yo tenía fundadas todas mis esperanzas, me las ha defraudado, manifestándose todo un monstruo de corrupción y de maldad.

JOSEFA. Tal vez los desengaños le vuelvan algún día á nuestro lado.

JUAN. Quién sabe, mucho dudo que así suceda, estando desheredado de todo sentimiento humano.

JOSEFA. Alabemos á Dios, porque en medio de nuestra desgracia nos da para consuelo á nuestro Pepe.

JUAN. Sí, alabemos á Dios.

(Los dos se arrodillan ante el altar, teniendo á su hijo José en medio.)

Señor, perdona á un padre, que rebelde á tus designios, dudaba de su bondad, porque no se manifestaba conforme á sus deseos; yo acato tus obras y me someto gustoso á ellas.

JOSEFA. No desampares á tus criaturas Señor y echa tu bendición sobre España, para que Establecimientos benéficos como el de Sordomudos que honra al Estado que le sostiene de gloria á la Nación y enseñanza á seres desgraciados, que sin él vivirían en la sombra de la ignorancia. (El sordo-mudo abraza á su padre formando un artístico grupo.)

FIN.